

## MARIQUITA

(Narración de ambiente canario.)

La enfermedad había postrado largo tiempo a Mariquita y ahora, libre de ella, parecía mentira el que pudiese reanudar su vida. Que el bullicio del mundo la rodease.

Pero qué cambiada se encontraba. La cama había debilitado tanto su cuerpo, que hasta por su cara corrían nuevas arrugas. Y sus huesos... ¡Ah! Sus pobres huesos le crujían al andar. En recompensa: las medicinas, médicos y los largos meses de convalecencia se amontonaban ya en amargo recuerdo.

Envuelta en su negra mantilla iba a salir a la calle. Miedo y alegría sentía a la vez. Sola quiso hacer este *primer recorrido* y abriendo la puerta asomó su rostro muy afilado.

Y por las calles de Vegueta deslizó Mariquita su delgada figura. Sus tenues pisadas resonaron en el callejón de la Gloria que, con la emoción, apenas veía. Subiendo por Espíritu Santo intentó descansar la vista en la palmera doblada, pero se la habían llevado. Dicen que hecha añicos la arrancaron de aquella tierra que había sido su morada. Que en un postrer lamento se despidió de todos y que nadie lloró por ella. Ella que a tantos cobijó, que tantas alegrías dio, la habían cortado por vieja. Porque sus espaldas se inclinaban pesadamente.

La catedral y todo aquel rincón se estremecieron al reconocerla: ¡Mariquita!

Siguiendo la sombra del santuario, tomó la calle de la Herrería. Casi tropezó al bajarla. La pendiente le resultaba más pronunciada.

De pronto sus piernas negáronse a seguir y, divisando

un banco bajo un árbol, decidió sentarse para reponer fuerzas.

La catedral quedaba atrás, dando las diez. Los coches iban y venían: unos a la plaza, otros para el puente, mientras un olor seco, muy seco, brotaba del barranco.

Su respiración era algo agitada e intentando tranquilizarse puso la mirada en el vacío. Pero aquello era nuevo. ¿Sería un santo y ella, por estar de espaldas, no lo había visto? ¿Le perdonaría la falta de respeto? Ya le asustaba su presencia. Necesitaba irse de allí.

Levantándose quiso proseguir su camino, mientras en su interior pugnaba una lucha sin tregua. ¿Pediría o no perdón al santo?

No.

Y con rapidez partió del lugar en dirección al Puente de Piedra. Desde lo alto miró de reojo y vio como el busto no la perdía de vista.

Ante ella discurría el pedregoso Guinguada. El Casino a un lado. Las *cuatro estaciones* la rodeaban. Detrás, el Toril. Y allí, al fondo, su mar.

Hubiera querido seguir, pero, sin darse cuenta, miró nuevamente a la figura. Parecía contrariada. De su mirada desprendíase un malestar bien visible. Y Mariquita dudó de nuevo.

Las guaguas continuaban pasando con gran estrépito. Los chiquillos voceaban el periódico. En la Plazuela funcionaba la fuente.

No se podía ir de allí con tan mala conciencia. ¿Qué trabajo le costaba volver a los pies del santo y pedir clemencia humildemente?

Desandando lo andado lo vio muy de cerca. Sus labios temblaron al pasar por ellos una oración. Luego miró a su alrededor una y otra vez y, al comprobar que nadie reparaba en ella, se santiguó.

Y Mariquita, ya tranquila, marchó con el perdón de don Diego Mesa de León.

PEDRO SCHLUETER CABALLERO

## DOS VENTANAS

Siempre que me asomaba a la ventana después de cenar, subía hasta mi altura el silencio que envolvía la plaza. Escasamente iluminada por unos arcos de luz, escondidos entre las ramas de los laureles, su quietud parecía envolver las casas y barrer las aceras. Envuelta en su sombra protectora, yo paseaba primero la vista sobre aquello que se destacaba en lo oscuro. Después, con la imaginación, sobre lo que los árboles me ocultaban; para acabar mirando al cielo —ora con luna o sólo con estrellas—, soñando mis fantasías.

La casa terrera que se hallaba frente a la nuestra era tan pequeña, que desde mi ventana se dominaba todo el espacio de su reducida azotea. A veces, se encendía una luz en la ventana de la buhardilla. Y yo imaginaba el *catre de viento* acogedor, la vela vacilante, el olor a sahumero de la casa artesana.

Más abajo, y por la acera de enfrente, se encontraba la Casa de la Cruz. Se la llamaba así, porque existía en su fachada una cruz de madera pintada de verde, cuyo soporte era de cantería. De pequeños, cuando íbamos al colegio o a jugar a casa de las primas, cruzábamos siempre la calle para detenernos frente a la Cruz. Sujetándonos con las dos manos al madero vertical, apoyábamos los pies en el pedestal de cantería, y besábamos con respeto el madero verde.

Centrando la ancha plaza, como presidiéndola, se encontraba la casa del torreón. ¡Cómo nos atraía la cúpula de su azotea, cuyos cristales de colores se irisaban con el sol poniente! ¡Qué bien debía dominarse el *risco* desde sus altas ventanas!

Y bajando la calle, por la misma acera de mi casa, los hoteles de aire colonial, con sus sillones de mimbres en la acera junto a la pared, o junto a los laureles, donde los turistas de los grandes barcos que se detenían en la isla, solían disfrutar de su temperatura tropical.

Cuando miraba al cielo, siempre era igual mi fantasía. «Esta luna la verán otros ojos... Estas estrellas contemplarán el mundo...» Y soñar con la ilusión, con el mañana, siempre...

Venía a devolverme a la realidad el eco de unas pisadas, que se alzaba solemne, único, en el silencio de aquella hora. ¡Cómo sonaban los pasos de lado a lado de la plaza! Casi sobrecogían. Y otra vez el silencio. Pero ahora, la brisa nos traía, tenuemente, el olor confortante de la primera hornada, desde la vieja panadería de la calle vecina. Y esta era la señal para cerrar las puertas de mi balcón.

\* \* \*

También solía yo asomarme a la ventana baja que daba sobre el mar. Y también elegía para ello esa hora recogida de después de la cena. Tres luces mortecinas iluminaban la larga manzana de casas: las dos de las esquinas, y aquella otra del centro, próxima a mi ventana. El resto, en sombras. Se adivinaba el mar por el bullicio tímido de su orilla al resbalar sobre la arena aún caliente de sol. Bajamar. Lejos, sobre la línea de rocas que cruzaba el horizonte, los hachones de los pescadores jugaban al escondite.

Y en lo alto de la montaña, el faro daba vueltas, blanco y rojo, incansable y monótono. Un intenso olor a algas subía desde la playa hasta mi ventana. Y a veces se percibía el fresco rumor de unos remos y se adivinaba, más que se veía, el cruce de una barca. También entonces alzaba yo los ojos al cielo de verano: la Osa Mayor, Venus, la Vía Láctea... Y los sueños, los inagotables sueños de mi fantasía, infatigables siempre...

\* \* \*

Ya no podré asomarme al balcón sobre la plaza, ni a la ventana verde sobre el mar. Ambas han desaparecido. Sin embargo, como mi fantasía aún no se ha agotado, hoy me asomo a este gran ventanal de mis recuerdos, que abarca todos mis sueños.

JOSEFINA DE LA TORRE MILLARES.

## H U M O . . .

Caía la tarde y el taller se llenaba de sombras. En los cristales del ventanal se refleja intermitente el ascua de los cigarros.

—¿Enciendo? —Y Manolo Rivero, el joven y ya célebre escultor, extendió el brazo indolentemente.

—No. ¡Para qué! —le contesté. Adiviné en la penumbra su sonrisa melancólica.

—¡Para qué! ¡Tienes unas preguntas..! Para vernos las caras, para ahuyentar las sombras, por hacer algo... porque sí, como hacemos todo, como yo pulo el mármol y tú la estrofa.

—¿Filosofías..?

—Es que me aburro.

—Bah. —Y pensaba en su vida de artista joven, aureolado por la gloria...

—Como te lo digo. Me aburro. Ferozmente, sencillamente como un imbécil. El Arte, así, con mayúscula, es una majadería. Nos da la riqueza, el aplauso, la satisfacción del orgullo... todo lo que quieras, todo lo que yo he conseguido después de muchos años de lucha, de muchos sufrimientos, de muchas derrotas íntimas que sólo yo conozco... Y luego, ahora, ¿qué resta? La desolación del combate estéril, sin finalidad; el agotamiento engendrado en las horas negras del abandono, la convicción de haber perdido la libertad y haber sacrificado al éxito, al vulgo, toda una teoría de sinceridad. ¿Comprendes?

—Sí.

—Tú también sabes de esto mi pobre amigo. Y como yo, también habrás interrogado alguna vez... Y habrás sentido el frío de los destinos incumplidos. ¿Es que el descontento es nuestro, eterno sin limitación? No lo sé ni me importa. ¿Acaso hay algo que deba importarnos? ¿Tú crees..?

—Gran egoísta, eterno ambicioso —exclamé conmovido más por su acento que por sus palabras—, mi opinión es inválida, porque yo creo en muy pocas cosas.

—¿En cuáles? —me interrumpió. Y como yo callara— ¿En cuáles? —repitió.

—Verdaderamente... —empecé a decir, pero no me dejó continuar.

—¡En nada, hombre, en nada! ¡Tú tampoco crees! Tú eres como yo, como muchos, como todos quizá... Amor, gloria, amistad... Tú no crees ni en la muerte.

—Decía Hamlet...

—¡Qué importa lo que dijera Hamlet! ¿Tú crees que Hamlet dijo lo nuestro, lo mío? ¡Si yo mismo apenas lo balbuceo!

Silencio. La luna llena se adivina en el cielo, rompiendo el horizonte, enrojecida y fantasmal. En la penumbra del taller destacan las notas blancas de los mármoles, el seno de una Venus, el torso viril de EL DESEO, la discutida obra escultórica de Rivero... En la sombra adquieren soltura, movimiento, vida...

—¿Salimos?

Le veo levantar la cabeza y mirarme sorprendido, ajeno a todo, como si no me conociera.

—¡Para qué! —me contesta vagamente, abatiendo sobre el pecho la noble frente atormentada. Y callamos de nuevo. Haciendo un esfuerzo me liberto del extraño enervamiento que se va apoderando de mí...

—Salgamos —le digo levantándome y sacudiéndole con ímpetu. Y me anonada la rara expresión de odio de su mirada. Y comprendo. En este momento yo soy la vida cotidiana, la vida de siempre, la agitación sin causa, la lucha sin premio, el dolor sin finalidad.

—Salgamos —insisto dulcemente— ¡hay que vivir, oh Fidas!

Él enciende un cigarrillo, me ofrece otro y dice cariñosamente como si me aconsejara:

—Hay que vivir, sí; pero es preciso saber cómo. En la sombra, en el silencio, con nosotros mismos...

Su voz se va apagando como si se hundiera gradualmente.

—¡Pero oye! —le increpo con cómica indignación.

—Bah; fuma —me contesta; y luego, con una voz opaca y lejana que me impresiona sin saber por qué:

Humo...

AGUSTÍN CHAMPSAUR MILLARES

1.917.